

UN DESCUBRIMIENTO EN LOS BOSQUES

GRAHAM GREENE

Un relato de SF firmado por el autor de El tercer hombre y El poder y la gloria no deja de ser una apasionante curiosidad. Ciertamente, el tema elegido (una visión entre amarga y bucólica de un degenerado mundo postatómico) no puede ser más clásico. Pero el genio del conocido autor inglés no incide en el tema en sí, sino en la meticulosidad y delicadeza con que está descrito. El resultado: un poético y sugerente relato, hecho más de pinceladas y de insinuaciones que de realidades, surgido de la mano de un célebre escritor de «literatura mayor» (sic.) que no desdeña escribir ciencia ficción.

I

El pueblo se desparramaba entre grandes rocas rojizas de trescientos metros de altura, a ocho kilómetros del mar, al que se llegaba siguiendo un camino forestal que serpeaba entre colinas. Nadie en el pueblo de Pete había viajado nunca más lejos, si bien el padre de Pete, mientras pescaba, había tenido un día un contacto con los habitantes de otra aldea situada más allá del cabo que hendía el mar a unos treinta kilómetros al este. Los niños, cuando no acompañaban a sus padres a la pedregosa ensenada donde guardaban sus barcas, subían arriba, a las rojizas rocas que dominaban sus casas, para jugar allí al *Viejo Noé* o al *Cuidado con la Nube*. Un centenar de metros más arriba los arbustos dejaban paso al bosque; los árboles se aferraban a las paredes rocosas como escaladores inmovilizados en posturas increíbles, y entre ellos había arbustos de moras, cuyos pulposos frutos estaban siempre resguardados del sol. En la estación adecuada, proporcionaban un áspero y sabroso postre que hacía olvidar la monotonía de las comidas a base de pescado. En su conjunto, aunque sencilla y limitada, aquella era una existencia feliz.

La estatura de la madre de Pete era inferior al metro y medio, bizqueaba, y sus pies tenían una irresistible tendencia a tropezar mientras andaba, pero incluso sus más vacilantes movimientos le parecían a Pete de una infinita gracia femenina, y cuando ella le contaba cuentos, como solía hacer a menudo el quinto día de la semana, su vacilante tartamudeo tenía para él el encanto de la música. Había una palabra en particular, «ar-ar-ar-bol», que le fascinaba. «¿Qué es un árbol?», preguntaba él, y ella intentaba explicárselo. «¿Quieres decir una encina?». «Un ar-arbol no es una en-encina. Pe-pero una encina es un ar-ar-ar-bol, al igual que un a-abedul». «Pero un abedul es muy distinto a un árbol. Cualquiera puede ver que no se parecen en nada, como un perro y un gato». «Un pe-perro y un ga-gato son los dos a-animales». Su madre había heredado de alguna generación anterior una definida actitud a generalizar, cosa de la que su padre y él eran completamente incapaces.

Eso no quería decir que él fuera un niño tonto, incapaz de retener las lecciones de la experiencia. Aunque le costara un terrible esfuerzo mental, era capaz de recordar hasta cuatro inviernos en el pasado, si bien sus recuerdos más lejanos se parecían mucho a las brumas marinas, que el viento dispersa momentáneamente dejando entrever una roca o la silueta de un bosquecillo, pero que vuelve a espesarse de nuevo un instante más tarde. Su madre decía que tenía siete años, pero su padre afirmaba que tenía nueve, y que tras el próximo invierno ya tendría edad para unirse a la tripulación de la barca que su padre compartía con otro miembro de su familia (todo el mundo estaba emparentado en el pueblo).

Era posible que su madre hubiera falseado a conciencia su edad para retrasar el momento en que debería ir de pesca con los hombres. No tan solo a causa del peligro —cada invierno se producía algún que otro accidente mortal, de tal modo que la población apenas

aumentaba— sino también porque se trataba de su único hijo. (Tan solo dos familias en el pueblo, los Tort y los Fox, tenían más de dos hijos, y en el caso de los Tort era debido a que habían tenido trillizos). Cuando llegara para Pete el tiempo de acompañar a su padre, su madre tendría que confiar en los hijos de los demás para recoger las moras en otoño, o pasarse sin ellas. Y a toda la familia le encantaba un buen plato de moras rociado con un poco de leche de cabra.

Así pues, Pete estaba convencido de que aquel iba a ser el último otoño que pasara tierra adentro, y aquello no le preocupaba en demasía. Quizá su padre tuviera razón con respecto a su edad, ya que se había dado cuenta de que su status de jefe de su pandilla nunca había sido contestado por nadie; lo cual no acababa de gustarle, ya que sentía una infusa necesidad de fortificar sus músculos luchando contra un adversario más grande que él. En aquel mes de octubre, su pandilla estaba constituida por cuatro niños, a tres de los cuales les había adjudicado otros tantos números, ya que aquello le permitía dar órdenes más breves y facilitaba la disciplina. El cuarto miembro era una niña de siete años llamada Liz, a la que habían aceptado a regañadientes y tan solo por razones utilitarias.

Se reunían en las ruinas que rodeaban el pueblo. Las ruinas existían desde siempre, y los niños, e incluso los adultos, creían que por la noche eran rondadas por fantasmas de gigantes. La madre de Pete, cuyos conocimientos eran muy superiores a los de las demás mujeres del pueblo, nadie sabía el porqué, decía que su abuela le había hablado de una gran catástrofe en la cual se había visto mezclado, hacía miles de años, un hombre llamado Noé. Quizá se había tratado de un terrible castigo venido del cielo, de un gran maremoto (hubieran sido necesarias olas de más de trescientos metros de altura para aniquilar lo que hoy eran las ruinas), o tal vez una peste, coma contaban algunas leyendas, que había matado a todos los habitantes y abandonado aquellas ruinas a la lenta destrucción del tiempo. El si los gigantes eran los fantasmas de los muertos o de los que los habían matado era algo que nunca había quedado claro en la mente de los niños.

La estación de las moras casi había terminado aquel otoño, y de todos modos las moreras, en un radio de mil quinientos metros en torno al pueblo —que se llamaba Bottom, quizá porque se hallaba emplazado en una especie de oquedad al pie de las rocas rojas— habían sido completamente limpiadas de frutos. Cuando la pandilla se reunió en su lugar habitual, Pete hizo una proposición revolucionaria: penetrar en un nuevo territorio para buscar frutos.

—Nunca lo hemos hecho hasta ahora, —dijo Número Uno, con tono reprobador. Era un chico conservador. Tenía unos ojillos pequeños y muy hundidos, como esos agujeros que forma el agua en una piedra, y casi no tenía pelo en la cabeza, lo cual le daba un curioso aspecto de viejo.

—Si lo hacemos —dijo Liz— vamos a tener problemas.

—Nadie lo sabrá —dijo Pete—, si juramos no decirlo.

Basándose en una vieja costumbre, el pueblo se atribuía la posesión de un terreno que se extendía en un semicírculo de unos cinco kilómetros de radio a partir del último edificio... incluso si este era tan solo una ruina de la que apenas quedaban los cimientos. En cuanto al mar, los habitantes pretendían tener derecho a una extensión de agua mucho más importante, aunque mal definida, que se prolongaba más allá de unos veinte kilómetros a lo largo de la costa. Aquella pretensión había estado a punto de provocar en una ocasión un conflicto, cuando habían topado con unas barcas procedentes del otro lado del cabo. Había sido el padre de Pete quien había resuelto el problema, señalando con el dedo las nubes que empezaban a acumularse en el horizonte, una de las cuales, enorme y negra, parecía amenazarles directamente. Entonces las dos partes en litigio decidieron de común acuerdo regresar a la orilla, y los pescadores del otro lado del cabo no se aventuraron de nuevo tan lejos de su poblado. (Se pescaba con tiempo gris y cielo cubierto, o con tiempo despejado y cielo azul, o incluso en las noches sin luna, cuando las estrellas se ven lo suficientemente apagadas; tan solo cuando la forma de las nubes era claramente distinguible todo el mundo estaba de acuerdo en detener la pesca y regresar a la orilla).

—Pero supongamos que encontramos a alguien —dijo Número Dos.

—¿A quién podemos encontrar? —objetó Pete.

—Debe haber una razón —dijo Liz— para que no nos dejen ir más lejos.

—No hay ninguna razón —dijo Pete—, excepto que es la ley.

—Oh, si es tan solo la ley —dijo Número Tres, dándole una patada a una piedra para demostrar lo poco que le importaba la ley.

—¿A quién pertenece esa tierra? —preguntó Liz.

—A nadie —dijo Pete—. Nadie vive en ella.

—Entonces nadie tiene derecho a ella —dijo Número Tres sentenciosamente, bajando sus pupilas vacuamente líquidas.

—Tienes razón —dijo Pete—. Nadie tiene derecho a ella.

—Yo no lo entiendo del mismo modo que tú —dijo Número Uno.

—¿Crees que habrá moras ahí arriba? —preguntó Número Dos. Era un chico juicioso, que quería asegurarse de no correr riesgos a menos que realmente valieran la pena.

—Todo el bosque, allá arriba, está lleno de moreras —dijo Pete.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lógico.

Resultaba extraño que se mostraran tan reticentes hoy a sus palabras. ¿Por qué las moreras tenían que dejar de crecer bruscamente en el límite de su territorio? Las moras no habían sido creadas para el uso exclusivo de Bottom.

—¿Acaso no deseáis cogerlas de nuevo una vez más antes del invierno? —les reprochó, y ellos bajaron la cabeza, como si buscaran una respuesta en la tierra roja, allá donde las hormigas habían trazado un camino de una a otra piedra. Finalmente, Número Uno se decidió a responder:

—Nadie hasta ahora ha subido hasta allá arriba dijo, como si aquella fuera la mayor objeción que era capaz de hallar.

—Entonces las moras serán aún mejores —dijo Pete.

Número Dos, tras pensárselo unos instantes, dijo:

—El bosque parece más denso ahí arriba... y a las moras les gusta la sombra.

—De todos modos, ¿qué importancia tienen las moras? —dijo Número Tres, bostezando ostensiblemente—. Hay otras cosas que hacer más importantes que coger moras. Ese es un terreno desconocido, ¿no? Entonces vayamos a echarle una ojeada. Quién sabe si...

—¿Quién sabe si qué? —hizo eco Liz, asustada, mirando primero a Pete y luego a Número Tres, como si fuera posible el que fueran *capaces* de hacer aquello,

—Levantemos nuestras manos y votemos —ordenó Pete. Levantó su mano en un gesto autoritario, y Número Tres lo imitó casi inmediatamente. Tras una ligera vacilación, Número Dos siguió su ejemplo; luego, viendo que de todos modos la mayoría estaba en contra suya, Liz levantó prudentemente una mano, no sin dirigir una furtiva mirada a Número Uno, que se había abstenido—. Así que tú eres partidario de volver a casa, ¿eh? —le dijo Pete a este último, con desprecio y alivio a la vez.

—De todos modos —dijo Número Uno—, deberá prestar juramento. Si no...

—No tengo por qué prestar juramento si regreso a casa.

—Por supuesto que tienes que hacerlo. Si no te chivarás.

—¿Y qué me importa vuestro estúpido juramento? No quiere decir nada. Puedo prestarlo y luego chivarme de todos modos.

Hubo un silencio; los otros tres miraron interrogativamente a Pete. Los cimientos de su mutua confianza parecían estarse tambaleando. Ninguno de ellos había pensado hasta entonces en la posibilidad de violar el juramento.

—Démosle una paliza —propuso de pronto Número Tres.

—No —dijo Pete. Sabía que la violencia no era una solución. No impediría el que Número Uno fuera corriendo a su casa y lo contara todo. El placer de aquella recolección de moras quedaría completamente arruinado ante el pensamiento del castigo que vendría luego.

—Oh, al diablo con todo —dijo Número Dos—. Olvidemos las moras y juguemos al Viejo Noé.

—Yo quiero coger moras —Liz se echó a llorar. Pero Pete ya había tomado una decisión.

—Va a prestar juramento —dijo—. Y quiera o no quiera va a venir con nosotros a coger moras. Atadle las manos.

Número Uno intentó escapar, pero Número Dos le hizo la zancadilla. Liz le ató las

muñecas con la cinta que sujetaba sus cabellos, haciendo un apretado nudo del que solo ella conocía el secreto... era por esos talentos especiales que había sido admitida en la pandilla. Número Uno se sentó sobre un cascote de una pared derrumbada y se burló:

—¿Cómo esperáis que coja moras con las manos atadas?

—Creerán que eres un glotón y que te las has comido todas. No llevarás ninguna a tu casa. Tus padres encontrarán manchas de moras en tus ropas.

—Oh, va a recibir una buena paliza, le van a poner el culo rojo.

—Y nadie te creerá, somos cuatro voces contra una.

—Ahora vas a prestar juramento —dijo Pete. Partió dos ramitas de un árbol y las sujetó formando una cruz. Cada uno de los otros tres miembros de la pandilla mojaron con saliva las cuatro puntas. Luego Pete metió las pegajosas extremidades en los labios de Número Uno. No hacían falta palabras inútiles; durante aquel ritual, el mismo pensamiento acudía inevitablemente a la mente de todos: «Golpeadme hasta morir si hablo». Tras hacerle cumplir a la fuerza el ritual a Número Uno, los demás le imitaron uno tras otro.

Ninguno de ellos conocía el origen del juramento; las pandillas infantiles se lo transmitían unas a otras desde hacía generaciones. A veces, Pete (y quizá también los otros) había intentado explicarse, antes de dormirse en su cama, en las tinieblas propicias a la reflexión, por qué exigía una tal ceremonia el juramento; compartiendo su saliva, quizá compartieran también sus vidas, las mezclaran como si fueran sus sangres, y el acto se convertía en algo solemne gracias a la presencia de la cruz, ya que, por alguna oscura razón, la cruz siempre había significado una muerte indigna.

—¿Quién tiene un cordel? —preguntó Pete.

Ataron el cordel a la cinta de Liz que ataba las manos de Número Uno y, con una sacudida, obligaron a este a levantarse. Número Dos tiró del cordel, y Número Tres fue empujando por detrás. Poniéndose a la cabeza de la pequeña formación, Pete empezó a subir en dirección al bosque, con Liz cerrando la marcha con su paso arrastrante; no podía avanzar muy aprisa, ya que sus piernas estaban *muy* arqueadas. Reducido a la impotencia, Número Uno no parecía estar muy preocupado; de tanto en tanto soltaba una risita y arrastraba los pies lo suficiente como para que el cordel estuviera siempre tenso al máximo, lo que hacía que no avanzaran muy aprisa. En aquellas condiciones, pasaron casi dos horas antes de que alcanzaran los límites del territorio conocido, surgiendo de los bosques de Bottom al borde de un barranco poco profundo. Al otro lado se erguían rocas idénticas, con abedules surgiendo en cada hueco, en cada fisura, hasta la línea del horizonte. Ningún habitante de Bottom se había aventurado todavía hasta allí; en todos los intersticios de las raíces y de las rocas había matorrales de moras. Desde el lugar donde se hallaban, los niños tenían la impresión de que una bruma azulada, de aspecto otoñal, se elevaba de los hermosos, suculentos e intactos frutos que se les ofrecían entre las sombras.

II

Pese a todo, vacilaron unos instantes antes de decidirse a continuar. Era como si Número Uno poseyera una cierta influencia malevolente, a la que se sentían ligados por el cordel. Número Uno se acuclilló en el suelo y soltó una risita.

—¿Lo veis? No os atrevéis a proseguir...

—¿Quién no se atreve? —gruñó Pete apresuradamente, antes de que el otro sembrara la duda entre sus compañeros y socavara la poca autoridad que aún mantenía sobre ellos.

—Esas moras no nos pertenecen —dijo Número Uno.

—¿A quién pertenecen entonces? —preguntó Pete, observando la forma en que Número Dos miraba a Número Uno, como si esperara una respuesta.

—A los primeros que las encuentren —dijo despectivamente Número Tres, y lanzó una piedra al barranco de una patada.

—Pertenecen al pueblo vecino —dijo Número Uno—. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Y dónde está el pueblo vecino?

—En alguna parte.

—Por lo que sabemos, no existe ningún otro pueblo.

—Tiene que existir. Es una cuestión de lógica. Nosotros no podemos ser los únicos... nosotros y Otro Lado —así era como llamaban al otro pueblo situado más allá del cabo.

—¿Y cómo lo sabes *tú*? —preguntó Pete. Sus pensamientos se iban entusiasmando—. Quizá seamos los *únicos*. Quizá podamos avanzar y avanzar y avanzar más sin encontrar nunca a nadie. Quizá el mundo esté *vacío*. —Se daba cuenta de que había convencido a medias a Número Dos y a Liz. En cuanto a Número Tres, era un caso inútil; no le importaba nada. Pero de todos modos, si tuviera que elegir su sucesor, preferiría ese no importarle nada de Número Tres que las anticuadas y tradicionales ideas de Número Uno o la escrupulosa pusilanimidad de Número Dos.

—Estás completamente loco —dijo Número Uno, y escupió al barranco—. No somos los únicos seres vivos. Es imposible. Es cuestión de lógica.

—¿Por qué no? —dijo Pete—. ¿Quién lo sabe?

—Quizá las moras estén envenenadas —dijo Liz—. Quizá nos den cólico. Quizá ese territorio esté lleno de salvajes. Quizá esté lleno de gigantes.

—Crearé en los gigantes cuando los vea —dijo Pete. Sabía que los temores de Liz eran superficiales; lo único que deseaba era que alguien más fuerte que ella la tranquilizara.

—Hablas mucho —dijo Número Uno—, y ni siquiera sabes organizar las cosas. ¿Por qué no nos has pedido que trajéramos cestos, si íbamos a coger algo?

—No necesitamos cestos. Tenemos la falda de Liz.

—Entonces es a Liz a quien van a pegar, cuando vean su falda toda manchada.

—No la pegarán si su falda está llena de moras. Recógete la falda, Liz.

Ella se alzó la falda, formando como una cesta ante ella, y anudándola en la parte de atrás, en el nacimiento de su pequeñas y mofletudas nalgas. Los chicos la miraron con interés, observando cómo se desenvolvía.

—No se le aguantará—dijo Número Uno—. Se le caerán todas las moras. Será mejor que te quites la falda y hagas un saco con ella.

—¿Cómo quieres que trepe llevando un saco? Número Uno, no sabes nada de nada. Yo lo arreglaré. —Se acuclilló, apoyando sus desnudas nalgas en los talones, y ató y desató varias veces el nudo hasta que se aseguró de su solidez.

—Entonces podemos continuar —dijo Número Tres.

—No hasta que yo dé la orden. Número Uno, te soltaré si prometes no molestarnos más.

—Os molestaré tanto como pueda.

—Número Dos y Tres, os hago responsables de Número Uno. Seréis la retaguardia. Si debemos batirnos rápidamente en retirada, no tendréis que hacer más que abandonar al prisionero detrás nuestro. Liz y yo iremos delante para reconocer el terreno.

—¿Por qué Liz? —dijo Número Tres—. Es una chica.

—Será útil si tenemos que hacer labor de espionaje. Las chicas han sido siempre unas excelentes espías. Y además, nadie pegaría a una chica.

—Papá lo hace —dijo Liz, apretando las nalgas.

—Pero yo quiero ir en la vanguardia —dijo Número Tres.

—Todavía no sabemos dónde está la vanguardia. El enemigo puede estarnos observando ahora mientras hablamos. Puede tendernos una trampa y atacarnos luego por detrás.

—Tienes miedo —dijo Número Uno—. Gallina. Gallina.

—No tengo miedo. Pero puesto que soy el jefe, soy responsable de todos vosotros.

Escuchadme bien: en caso de peligro nos avisaremos con un silbido corto. Quedaos entonces donde estéis. No os mováis, no respiréis. Dos silbidos cortos querrán decir: abandonad al prisionero y echad a correr. Un silbido largo querrá decir: descubierto tesoro; todo va bien; venid tan rápido como podáis. ¿Habéis comprendido bien todos?

—Sí —dijo Número Dos—. Pero suponte que nos perdemos.

—Entonces quedaos donde estéis y aguardad el silbido.

—Suponte que es *él* quien silba... para enredarlo todo —dijo Número Dos, dándole una patada a Número Uno.

—Sí lo hace, amordazadlo. Amordazadlo fuerte, hasta que sus dientes chirrien.

Pete avanzó hasta el borde del barranco y miró hacia abajo, buscando un camino entre la

maleza. Las rocas formaban una pendiente de un decena de metros. Liz se apretó detrás de él, sujetando su falda formando cesta.

—¿Quiénes son *ellos*? —cuchicheó.

—Los extranjeros.

—Entonces, ¿no crees en los gigantes?

—No.

—Cuando pienso en los gigantes, siento como un estremecimiento... aquí —apoyó una mano sobre su imberbe monte de Venus, debajo de su falda recogida en forma de cesta.

—Bajaremos por aquí, entre esos arbustos —dijo Pete—. Ve con cuidado. Las piedras pueden rodar fácilmente. Y no debemos hacer ningún ruido. —Se giró hacia los demás, que lo observaban con admiración, envidia u odio (esto último por parte de Número Uno)—. No empecéis a bajar hasta que nos veáis escalar el otro lado. —Levantó la vista hacia el cielo—. La invasión empezó al mediodía —proclamó, con la precisión de un historiador relatando un acontecimiento del pasado que iba a cambiar la faz del mundo.

III

—Podríamos silbar ahora —propuso Liz. Habían llegado ya a la mitad de la otra ladera del barranco, y la escalada les había dejado sin aliento. Se metió una mora en la boca y añadió—: Son dulces. Más dulces que las nuestras. ¿Empiezo a cogerlas?

—Sus piernas y sus nalgas estaban arañadas por los espinos y salpicadas con una sangre que tenía el mismo color que el jugo de las moras.

—Sin embargo las he visto mejores que estas en nuestro territorio —dijo Pete—. Liz, observa que no ha sido cogida ninguna. Nadie ha venido jamás por aquí. Pero estas no tienen importancia en comparación con las que vamos a encontrar más lejos. Llevan creciendo durante muchos, muchísimos años, y no me sorprendería encontrar todo un bosque de moras, con moreras tan grandes como auténticos árboles y frutos como manzanas. Dejaremos las más pequeñas para los demás, si quieren cogerlas. Tú y yo subiremos más arriba y encontraremos un auténtico tesoro. —Mientras hablaba, podía oír el raspar de los zapatos de sus compañeros o el ruido de una piedra cayendo, pero no podía ver nada ya que la maleza era demasiado espesa alrededor de los árboles—. Vamos, ven. Si somos los primeros en descubrir el tesoro, será para nosotros.

—Me gustaría que fuera un tesoro *de verdad*, no unas simples moras.

—Podría serlo. Nadie ha explorado esta región antes de nosotros.

—¿Y los gigantes? —preguntó Liz con un estremecimiento.

—Todo eso son cuentos para niños. Como la historia del viejo Noé y su barco. Nunca han existido los gigantes.

—¿Ni Noé?

—Qué niña llegas a ser.

Siguieron con su ascensión, entre los abedules y los matorrales. El ruido que hacían sus compañeros al andar disminuyó tras ellos. Había un olor diferente en aquel lugar: cálido, húmedo y metálico, muy distinto del rocío salino del mar. Luego los árboles y los arbustos se hicieron más espaciados, y los dos escaladores alcanzaron la cima de las colinas. Girándose, no pudieron ver Bottom, oculto por la anfructuosidad intermedia, pero entre los intersticios de los árboles divisaron una línea azul, como si el mar hubiera sido levantado hasta su nivel por alguna gigantesca alteración. Apartaron nerviosamente la mirada de aquella visión y penetraron en la región desconocida que se extendía ante ellos.

IV

—Es una casa —dijo Liz—. Es una casa *enorme*. —Es imposible —dijo Pete—. Nunca has visto una casa de este tamaño. —Pero sabía que Liz tenía razón. Aquello era obra del hombre y no de la naturaleza. Era una construcción donde antes había vivido gente.

—Una casa para gigantes. —dijo Liz con voz aterrada.

Tendido boca abajo sobre el reborde, Pete hundía su mirada en el barranco. A unos treinta metros bajo ellos yacía, en medio de las rocas, un largo edificio que brillaba aquí y allá, entre los arbustos y la maleza que lo invadían. Los niños no podían ver su final. Algunos árboles trepaban por sus lados, otros crecían sobre su techo. La hiedra se enroscaba a lo largo de dos enormes chimeneas, así como otras plantas con flores en forma de trompeta. No había humo ni señales de ocupantes; tan solo los pájaros, que lanzaron agudos gritos de alarma entre las frondas, quizá asustados por las voces infantiles. Una bandada de estorninos elevó el vuelo desde una de las chimeneas y se dispersó.

—Regresemos —cuchicheó Liz.

—No podemos —dijo Pete—. No tengas miedo. No es más que otra ruina. ¿Qué tienes que decir en contra de las ruinas? Siempre hemos jugado en ellas.

—Estoy asustada. Esto no se parece a las ruinas de Bottom.

—Bottom no es el mundo —dijo Pete. Era la expresión de una convicción profunda que no compartía con nadie.

La enorme edificación estaba inclinada en un ángulo pronunciado, de tal modo que casi podían ver hasta el fondo de una de las dos inmensas chimeneas, que parecía un enorme agujero que penetrara hasta el centro de la tierra.

—Voy a bajar a echar un vistazo —dijo Pete—. Pero antes observaré los alrededores.

—¿Silbo?

—Todavía no. Quédate donde estás por si vienen los otros.

Avanzó prudentemente por el borde. Bajo él, la extraña construcción —que no estaba hecha ni de piedra ni de madera— se extendía en una longitud de unos cien metros o más, oculta en algunos lugares por los árboles, pero en la dirección que estaban siguiendo ahora el acantilado estaba desprovisto de vegetación y Pete podía mirar en toda su amplitud la gran pared de la edificación, que no era recta sino extrañamente curvada, como el flanco de un pez o... Se inmobilizó por un instante, fascinado ante aquella visión: la curvatura era la enorme ampliación de algo que le era muy familiar.

Prosiguió pensativamente su camino, meditando en la vieja leyenda que había inspirado sus juegos. Unos cien metros más adelante se detuvo de nuevo. En aquel lugar se hubiera dicho que una mano gigantesca había agarrado la construcción y la había partido en dos. Pete podía ver las dos partes y constatar que la edificación tenía forma de copa, observar su interior piso a piso... había cinco de ellos, seis, no, siete, y nada se movía en su interior excepto en los lugares invadidos por los arbustos, donde se apreciaba un estremecimiento de alas. Podía imaginar las enormes salas que se hundían en las sombras, y se dijo que todos los habitantes de Bottom podrían alojarse en una sola de aquellas salas, en un solo piso, y hallar incluso espacio para sus animales y sus pertrechos. ¿Cuántos miles de personas, se preguntó, habrían vivido en otro tiempo en aquella colosal construcción? Nunca se había dado cuenta antes de que el mundo pudiera albergar a *tanta* gente.

Cuando la construcción se rompió —¿cómo?—, una parte había sido proyectada al aire bajo un cierto ángulo, y ahora podía ver, a tan solo unos cincuenta metros del lugar donde se hallaba, el punto exacto donde su extremo había alcanzado la cresta rocosa, de tal modo que si deseaba explorar desde más cerca no tenía más que dar un salto de unos pocos metros para hallarse sobre el fecho. En aquel lugar, otros árboles que crecían facilitaban el descenso. No había ninguna excusa para esperar y, dándose cuenta de pronto de la soledad, de la incompreensión y del misterio que rodeaban a aquel inmensa edificio, se metió dos dedos en la boca y lanzó un largo silbido para llamar a sus compañeros.

V

Se sintieron tan impresionados como él y, si Número Uno no les hubiera pinchado con sus sarcasmos, seguramente hubieran decidido regresar a casa llevándose en su fuero interno el secreto de la extraña construcción y el sueño de regresar algún día. Pero después de que Número Uno les tratara de «caguicas» y de «mierdosos», Número Tres se decidió y rompió

el silencio.

—¿Qué es lo que estamos esperando?

Entonces Pete se vio obligado a actuar, si quería seguir conservando el mando. Descendiendo de rama en rama por un árbol que crecía de un saliente rocoso en la pared del propio acantilado, consiguió situarse a menos de dos metros del techo y saltó. Cayó de rodillas sobre una superficie fría, tan lisa como una cascara de huevo. Los otros cuatro niños se le quedaron mirando desde arriba, esperando.

La inclinación del techo era tan fuerte que tuvo que dejarse deslizar precavidamente sobre su trasero. Cuando llegó al final de su descenso, se dio cuenta que había otra construcción montada sobre aquel techo, y comprendió que la edificación no formaba una sola casa, sino una serie de casas superpuestas. Encima de la casa más alta era donde se perfilaba el extremo de la enorme chimenea. Recordando de qué forma se había partido en dos la enorme construcción, cuidó de no deslizarse demasiado aprisa, temeroso de caer en la brecha intermedia. Ninguno de sus compañeros lo había seguido; estaba solo.

Ante él había una enorme arcada hecha de un material desconocido, partida en dos por una roca rojiza que la dominaba. Era como una victoria de la montaña; fuera cual fuese la dureza del material utilizado por los hombres para construir la edificación, la montaña se había revelado como la más fuerte. Se detuvo apoyando los pies contra una roca y miró hacia la enorme brecha abierta por la gran roca rojiza; la brecha tenía una amplitud de varios metros; un árbol caído la atravesaba como una pasarela, y aunque Pete no podía distinguir hasta muy lejos, sentía la misma impresión que desde la cresta, como si estuviera contemplando algo tan profundo como el mar. Casi esperaba ver nadar algunos peces.

Apoyándose en la roca, se puso en pie y, al levantar los ojos, se estremeció: otros dos ojos le estaban mirando fijamente a unos dos metros de distancia. Luego, al hacer un movimiento, se dio cuenta de que se trataba de una ardilla, cuyo color se confundía con el de la roca; el animalillo dio media vuelta y, sin asustarse ni apresurarse, levantó una frondosa cola y saltó al gran salón que se abría ante él.

El salón... eso era realmente, constató Pete, mientras avanzaba cabalgando sobre el caído árbol. Sin embargo, la primera impresión era la de un bosque, con los árboles regularmente espaciados, como en una plantación hecha por los hombres. Se podía *avanzar* fácilmente por él, aunque el suelo estaba abollado aquí y allá por rojizas rocas que habían deformado el resistente material. Los árboles no eran realmente árboles, sino columnas de madera, cuya lisa superficie podía verse aún en algunos lugares, pero que estaban carcomidas por los gusanos casi en su totalidad y envueltas por la hiedra que ascendía hacia el techo, a quince metros de altura, para escapar por una, amplia brecha que se abría en él. Había un olor a vegetación y a humedad, ya que a medida que uno descendía por el salón podía divisar decenas de pequeños túmulos verdes, parecidos a tumbas en medio del bosque.

Dio una patada a uno de esos montículos, que se desintegró inmediatamente bajo la alfombra de húmedo musgo que lo cubría. Metió cuidadosamente la mano en aquel esponjoso verdor, y retiró un trozo de madera podrida. Más lejos golpeó con el pie otro montículo verdeante, más grande que los otros, que le llegaba hasta más arriba del pecho, no como una tumba normal, y esta vez sintió dolor y dio un salto de sorpresa. La vegetación no se había enraizado allí, pero se había extendido por todo el túmulo formando una masa redondeada sobre el suelo, y Pete pudo arrancar sin dificultad sus hojas y sus ramas.

Abajo había un hermoso cuadrado multicolor. Con verdes, rosas y rojos sangre. Giró a su alrededor, limpiando con la mano su superficie a medida que se desplazaba, y fue así como topó al fin con un auténtico tesoro. Permaneció un instante sin darse completa cuenta del uso que se les había podido dar a aquellos objetos más o menos translúcidos, alineados en hileras tras un panel roto, la mayor parte de ellos convertidos en minúsculos pedacitos verdes, pero algunos otros casi intactos, tan solo descoloridos por los años. Su forma fue lo que le dijo que en su tiempo debían haber sido recipientes para beber, hechos de una materia completamente distinta al barro al que estaba acostumbrado. Más abajo, tirados por el suelo, había centenares de objetos más pequeños, duros, redondos, grabados con la silueta de una cabeza humana, como aquellos otros que sus abuelos habían desenterrado de las ruinas de Bottom... objetos que tan solo servían para dibujar con ellos un círculo

perfecto o para reemplazar en sus apuestas a los guijarros cuando jugaban a *Cuidado con la Nube*. Eran mejores que los guijarros. Poseían la dignidad, la rareza de todas las cosas antiguas hechas por el hombre... había en el mundo tan pocas cosas que ver que fueran más antiguas que un hombre viejo. Se sintió momentáneamente tentado a guardarse para él solo su descubrimiento, pero ¿para qué le servirían aquellos objetos si no podía darles un uso? Cualquiera cosa, oculta secretamente en un agujero, carecía de valor. Así que, metiéndose los dedos en la boca, lanzó un nuevo y prolongado silbido.

Mientras aguardaba a que los otros se le reunieran, Pete se sentó sobre el cuadrado, sumido en profundas reflexiones y meditando acerca de todo lo que acababa de ver, en particular aquella gran pared, parecida al costado de un pez. Aquella enorme edificación le parecía, en su conjunto, un pez monstruoso que hubiera sido arrojado entre las rocas para morir. ¿Pero qué ola gigantesca hubiera sido necesaria para transportar hasta tan arriba a un pez de ese tamaño?

Los demás niños llegaron, deslizándose por el techo, con Número Uno aún a remolque; lanzaron grititos de alegría y entusiasmo; habían olvidado por completo sus temores, como si estuvieran en plena estación de las nieves. Luego se pusieron en pie junto a la roca rojiza, como había hecho su jefe, cabalgaron sobre el árbol caído, y trotaron por el enorme salón como insectos atrapados en un cuenco vuelto boca abajo.

—Aquí tenéis un tesoro —dijo orgullosamente Pete, y se regocijó al verles mudos de sorpresa ante el cuadro que se ofrecía ante ellos; incluso Número Uno se olvidó de sus burlas, y su cordel colgó flaccidamente por el suelo.

Fue Número Dos quien rompió el silencio:

—¡Huauh! ¡Esto es mejor que las moras!

—Meted las apuestas en la falda de Liz. Las repartiremos luego.

—¿Número Uno entrará también en el reparto? —preguntó Liz.

—Hay suficiente para todos —dijo Pete—. Desátalo.

Se sentía generoso. Pero de todos modos era conveniente que todos tuvieran su parte. Mientras recogían las apuestas, Pete se acercó a una de las grandes aberturas de la pared, que en otro tiempo debían haber sido ventanas, que tal vez eran cubiertas durante la noche, como en Bottom, con esteras de paja. Se inclinó y miró a lo lejos. Las colinas ondulaban como un verdeante mar agitado; no se veía ningún pueblo por ninguna parte, ni siquiera unas ruinas. A sus pies, la gran pared negruzca se curvaba fuera de su vista; el lugar donde se apoyaba contra el suelo quedaba oculto por las copas de los árboles. Recordó la antigua leyenda y el juego al que jugaban a menudo entre las ruinas de Bottom. «Noe construyó un barco. ¿Qué tipo de barco? Un barco para todos los animales y también para Brigit. ¿Qué tipo de animales? Animales grandes como los osos y pequeños como los castores y también Brigit»

De pronto algo vibró, emitiendo un agudo sonido musical, seguido de un suspiro que se confundió con el silencio. Pete se giró y vio que Número Tres estaba ocupado con otro montículo... el segundo por su tamaño del gran salón. Había puesto al descubierto una larga caja llena de plaquitas situadas una al lado de la otra, blancas y negras, parecidas a las que ellos llamaban dominó. Pero, cada vez que tocaba una, se oía un sonido, cada vez algo distinto, que moría con un gemido, y cuando volvía a tocarla por segunda vez permanecía muda. Número Tres, con la esperanza de descubrir un nuevo tesoro, rebuscó en el montículo, pero no encontró más que un montón de oxidados hilos de hierro que le lastimaron las manos. Ya no quedaba ningún sonido que pudiera arrancársele a la caja, y ninguno de ellos llegó a comprender nunca el porqué al principio había parecido que les recibía cantando.

VI

¿Habían vivido alguna vez una jornada más larga que aquella, incluso en pleno corazón del verano? El sol seguía iluminando la alta meseta, y los niños no hubieran sabido decir hasta dónde se insinuaba ya la noche entre los bosques y los valles que se extendían bajo

ellos. En aquel momento recorrían dos largos pasadizos estrechos en el interior de la construcción, tropezando a veces en el hendido suelo, seguidos por una bamboleante Liz, incapaz de correr por miedo a tirar todas las apuestas que llenaban su falda. Los pasadizos estaban llenos de salas a ambos lados, cada una de ellas lo suficientemente grande como para alojar a una familia de Bottom, llenas de extraños muebles retorcidos y deslustrados cuya utilización era un completo misterio. Había también otra gran sala, esta sin columnas, pero con un gran cuadro horadado en el suelo y lleno de piedrecitas cuadradas de colores; su fondo ascendía en una suave pendiente, de tal modo que si bien en un extremo tenía más de tres metros de profundidad, en el otro esta era tan poca que los niños podían dejarse caer sobre el amasijo de hojas muertas y ramitas secas que los vientos invernales habían ido acumulando, y que estaban salpicadas de excrementos de pájaros parecidos a copos de nieve sucia.

Al llegar al extremo de una tercera sala, todos se inmovilizaron bruscamente, ya que ante ellos había cinco niños mutilados que les miraban directamente a los ojos. No tenían más que medio rostro, como si un carnicero les hubiera cortado la parte superior de la cabeza, y sus piernas terminaban en las rodillas. Pete y sus compañeros fruncieron el ceño ante aquellos extraños seres. Número Tres levantó un puño con aire desafiante. Inmediatamente uno de los extraños niños, el que tenía ante él, le respondió levantando también su puño. La lucha estaba a punto de iniciarse; era un alivio encontrar al fin en aquel mundo desierto un enemigo real con el que combatir. Avanzaron lentamente, como gatos al acecho. Liz se mantuvo un poco más atrás, y al otro lado otra niño parecida a ella se rezagó también, con la falda levantada del mismo modo que ella, cargada también de cosas. Solo que aquella tenía el rostro lleno de manchas verdes y le faltaba un ojo. Los extraños movían brazos y piernas, y sin embargo permanecían aplastados contra la pared. Hasta que unos y otros se tocaron, nariz contra nariz... y no había nadie ante ellos; nada excepto una pared lisa y fría. Retrocedieron, volvieron a acercarse, retrocedieron de nuevo; allí había algo absolutamente incomprensible para ellos. De modo que, en tácito acuerdo, secretamente aterrados, se dirigieron hacia un lugar donde una escalera conducía a los pisos inferiores. Allí se detuvieron de nuevo, vacilantes, escuchando atentamente y mirando a su alrededor, con nada más que sus tartamudeantes voces rompiendo el silencio. Pero tenían miedo de la oscuridad, ya que la ladera de la montaña interceptaba la luz por aquel lado. De modo que echaron a correr a lo largo de los pasadizos, lanzando agudos gritos, corrieron al encuentro de los rayos del menguante sol que ahora llegaban muy oblicuamente. Por fin se agruparon junto a la gran escalera que conducía al exterior, allá donde se erguían las dos enormes chimeneas.

—Volvamos a casa —dijo Número Uno—. Pronto se hará de noche.

—¿Quién es ahora el gallina? —dijo Número Tres.

—Esto no es más que una cosa. Una gran casa, pero nada más que una casa.

—Esto no es más que una casa. Una gran casa, pero nada más él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Número Dos.

—Esto es un barco —dijo Pete.

—Estás loco. ¿Quién ha visto nunca un barco de este tamaño?

—¿Quién ha visto nunca una casa de este tamaño? —dijo Liz.

—¿Y qué haría un barco en la cima de una montaña? ¿Por qué tendría que tener un barco chimeneas? ¿Por qué tendría que tener apuestas? —Lo bombardearon con sus preguntas, como si estuvieran tirándole guijarros para aguijonearlo y hacerle regresar a casa.

—Es el barco de Noé —dijo Pete.

—Estás chiflado —dijo Número Uno—. Noé es tan solo un juego. Nunca ha existido nadie que se llamara Noé.

—¿Cómo lo sabemos? Puede que viviera hace cientos de años. Y si tenía a todos los animales con él, ¿qué hubiera hecho sin cantidades y cantidades de jaulas? Quizá todas esas salas que hay a lo largo de todos esos pasadizos no sean exactamente salas; quizá sean jaulas.

—¿Y ese agujero en el suelo? —preguntó Liz—. ¿Para qué sirve?

—He pensado en ello. Es probable que fuera un depósito de *agua*. Necesitaría tener uno

para guardar allí los castores y las ranas y todos los demás.

—No te creo —dijo Número Uno—. ¿Cómo podría un barco llegar hasta aquí?

—¿Y cómo podría llegar hasta aquí una casa tan grande? Tú conoces la historia. El barco flotó hasta aquí, y luego las aguas se retiraron y lo dejaron en seco.

—¿Así que Bottom estuvo antes en el fondo del mar? —preguntó Liz, con la boca abierta.

—Bottom aún no existía. Hace tanto tiempo de eso...

—Quizá tengas razón —dijo Número Dos. Número Tres no hizo ningún comentario; empezó a subir la escalera que conducía hasta el techo superior. Pete se apresuró a seguirle y lo alcanzó. Los rayos del sol rozaban ahora la cumbre de las colinas, semejantes a olas, y parecía como si los niños estuvieran completamente solos en el mundo. La enorme chimenea sobre sus cabezas proyectaba una sombra parecida a un largo camino negro. Permanecieron un instante silenciosos, impresionados por aquella imponente masa, en el lugar donde esta se inclinaba hacia el acantilado que los dominaba. Luego Número Tres preguntó:

—¿Crees realmente en eso que nos has dicho?

—Sí.

—¿Pero cómo explicas nuestros otros juegos? ¿El de *Cuidado con la Nube*?

—Es posible que se trate de la nube que asustó a Noé.

—¿Pero dónde se fueron todos? No hemos encontrado ningún cuerpo.

—No puede haberlo. Recuerda el juego. Cuando las aguas bajaron, todos desembarcaron, pareja tras pareja.

—Excepto los castores. El reflujo fue demasiado rápido, y uno de ellos quedó atrapado. Deberíamos encontrar su cuerpo.

—Hace cientos de años de ello. Las hormigas se lo habrán comido.

—No pueden comerse los huesos.

—Voy a decirte algo que he visto... en esas jaulas. No se lo he dicho a los otros para no asustar a Liz.

—¿Qué has visto?

—Serpientes.

—¡No!

—Sí. Las he visto. Y todas ellas se habían convertido en piedra. Ondulaban a lo largo del suelo. Le he dado una patada a una y estaba tan dura como los peces de piedra que encontramos en Bottom.

—Sí, esto parece una prueba —dijo Número Tres. Permanecieron de nuevo en silencio, impresionados por la amplitud de su descubrimiento. Por encima de sus cabezas, entre ellos y la gigantesca chimenea, se elevaba aún otra casa, la más alta de toda aquella serie de casas. Una escalera subía hasta ella, cerca del lugar donde estaban. En la fachada de, aquella casa había un dibujo carente de sentido, de un color amarillo muerto. Pete lo grabó en su memoria, para dibujárselo luego en la arena a su padre, que estaba seguro que no creería jamás en su aventura e imaginaría que habían desenterrado sus apuestas, única prueba de su descubrimiento, en las ruinas que dominaban los límites de Bottom. El dibujo era así:

FRANCE

—Quizá sea aquí donde vivió Noé —susurró Número Tres, mirando el dibujo como si fuera un indicio de los tiempos de las leyendas. Sin decir nada más, ambos subieron la escalerilla, justo en el momento en que los otros niños subían al techo bajo ellos.

—¡Hey!, ¿dónde vais? —gritó Liz, pero no se molestaron en responder. Un denso óxido amarillento se pegaba a sus manos a medida que subían.

Los otros niños subieron la escalerilla tras ellos, jadeando. Luego vieron ellos también al hombre, y se detuvieron.

—Aquí está Noé —dijo Pete.

—Un gigante —dijo Liz.

Era un esqueleto muy blanco, muy limpio. El cráneo reposaba sobre uno de los omóplatos, como si fuera sobre una estantería. A su alrededor estaban esparcidas multitud de apuestas, más brillantes y más numerosas que las del salón. Cerca del esqueleto se habían amontonado las hojas secas, dando la impresión de que estaba durmiendo en medio de un verdeante prado. Un jirón de tela azul, desteñido, que los pájaros debían haber despreciado y no se habían llevado para hacer sus nidos, cubría aún parte de sus riñones, como pudorosamente, pero cuando Liz quiso tomarlo se deshizo entre sus dedos en fino polvo. Número Tres midió a pasos el esqueleto.

—Medía más de metro ochenta —dijo.

—Así pues —dijo Liz—, los gigantes han existido *realmente*.

—Y jugaban a las apuestas —añadió Número Dos, como si aquello le tranquilizara con respecto a su naturaleza humana.

—Moon debería verlo —dijo Número Uno—. Eso le *haría* callar. —Moon era el hombre más alto que nunca hubieran conocido en Bottom, pero tenía como mínimo treinta centímetros menos que esa blanca osamenta. Los niños permanecieron rodeando el esqueleto, con los ojos bajos, como si se avergonzaran de algo.

Número Dos rompió bruscamente el silencio.

—Es tarde —dijo—. Yo vuelvo a casa. —Y echó a correr hacia la escalerilla. Tras un instante de vacilación, Número Uno y Número Tres claudicaron y le siguieron. Una apuesta chirrió bajo sus pies. Nadie las había recogido, ni ninguno de los otros objetos brillantes que yacían entre las hojas secas. Esto no era ningún tesoro descubierto al azar: pertenecía al gigante muerto.

Pete se giró en lo alto de la escalerilla para ver lo que estaba haciendo Liz. Estaba sentada de cuclillas entre los fémures del esqueleto, balanceando sus desnudas nalgas en un movimiento de vaivén, como en el acto de la posesión. Cuando regresó junto a ella, vio que tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué ocurre, Liz? —preguntó Pete.

Ella se inclinó hacia adelante, hacia la abierta boca.

—Es hermoso —dijo—. Es tan hermoso. Y es un gigante. ¿Por qué ya no hay gigantes? —Empezó a lloriquear ante el esqueleto, como una vieja en unos funerales—. Tiene casi dos metros de alto —sollozó, exagerando un poco—, y tiene hermosas piernas *rectas*. Ya nadie tiene piernas rectas en Bottom. ¿Por qué ya no hay gigantes? Mira su adorable boca, con todos sus dientes. ¿Quién tiene dientes así en Bottom?

—Tú eres *hermosa*, Liz —dijo Pete, vacilando ante ella, intentando en vano enderezar su columna vertebral para hacerla igual a la del esqueleto, sintiéndose celoso de aquellos blancos huesos extendidos muy rectos en el suelo, y experimentando por primera vez amor hacia aquella pequeña criatura de arqueadas piernas que se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

—¿Por qué ya no hay gigantes? —repetía ella por centésima vez, llorando lágrimas amargas. Pete se alejó tristemente hacia la ventana y miró fuera. Allá abajo, junto a la roca rojiza que hendía el techo del gran edificio-barco, podía ver, trepando por la inclinada pendiente, a los tres niños avanzando a cuatro patas hacia el acantilado; torpes, con sus miembros cortos y desiguales, se desplazaban como pequeños cangrejos. Bajó los ojos hacia sus propias deformes piernas, y oyó de nuevo a la niña lamentándose de todo un mundo perdido—. Tiene casi dos metros de alto —decía—. Y tiene hermosas piernas rectas.

FIN

Titulo Original: "A Discovery in the Woods"

Titulo en español: "Un descubrimiento en los bosques"

Publicado en: Nueva Dimensión N° 115

Traducción: Sebastián Castro

Digitalización para Velero 25: Quinx